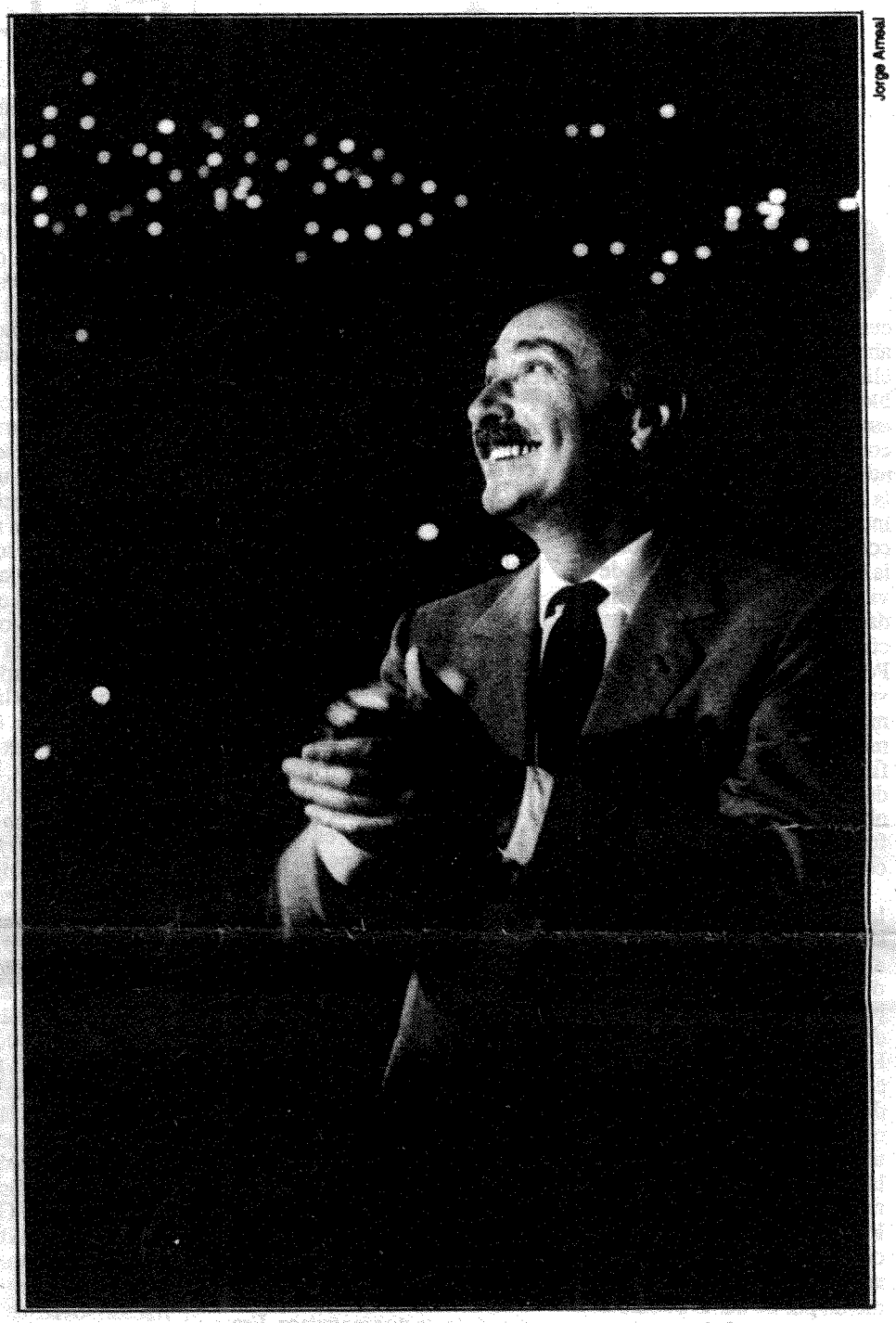
Con Líber Seregni

UN FRENTE AMPLIO A

—Usted habló de "bajar la pelota al piso", lo que generó una respetable cantidad de metáforas futbolísticas...
—...desde el **dribbling** corto, la cabeza levantada, los pases en profundidad...
—...hasta el que pidió que no lo barrieran de atrás. Se discute, y se discute mucho en el Frente Amplio y parece haber una necesidad de clarificación, de definiciones. ¿Se pueden esperar de este Congreso?
Responde a BRECHA Líber Seregni, que será reelegido presidente del Frente Amplio en el II Congreso de la coalición, abierto ayer. Habla de culturas y candidaturas, de negociación y revolución, de alianzas y acechanzas; la repercusión en el Frente del hundimiento del Este, el documento de los 24 y las rigideces orgánicas; habla, sobre todo, de la necesidad que tienen los frentistas de cambiarse la cabeza para sentirse gobernantes posibles de este país.


Jorge Arnal

—¿Cuál es el gran tema de este Congreso?

—Es que, por primera vez en 20 años, el Frente Amplio es opción de gobierno de manera nítida y próxima. Esto supone una conmoción. El Frente está constituido por la izquierda que en este país cumplió un papel crítico, testimonial invalorable...

—¿La izquierda o las izquierdas?

—Dentro de la izquierda, es evidente, hay tendencias y particularidades. La izquierda reconoció en su momento la tendencia anarquista, la socialista, luego la comunista; desde ese punto de vista puede hablarse de diversidad de la izquierda.

—No lo quiero sacar del tema. La izquierda, decía...

—...fue un punto de referencia en el plano ético, en el plano político. No nosotros, que estamos implicados; debería venir un investigador sueco, noruego, que tuviera que hacer un trabajo de graduación en el que necesariamente se reconocería el valor que esa función crítica y testimonial tuvo en el mantenimiento y el perfeccionamiento del sistema político del país.

—Ahora, ¿el desafío es otro?

—Es el gobierno nacional. Desde el 84, desde la recuperación democrática sentimos que el papel que ocupábamos en la escena política nos llevaba indefectiblemente, a más corto que largo plazo, a ser opción real de gobierno y, por consiguiente, a la necesidad imperiosa de cambiar de mentalidad.

—¿Qué supone este cambio de mentalidad?

—Animarse a tomar decisiones, a gobernar. En el año 71 –fíjese la fecha que le digo– en Santa Lucía, hicimos un acto en un galpón grande con 700, 800 personas, y en un momento dado un paisano viendo aquella concentración magnífica se acercó a nuestro candidato a intendente y le dice: "Doctor, apeligramos ganar".

—Veinte años después, y según las encuestas, el "peligro" parece mucho mayor.

—Estamos ante un gran reto y todo reto inspira una cuota de temor. No quiero hablar de dudas sino de cómo nos vemos cada uno de nosotros ante ese desafío. No se trata de tirarse a la pileta con los ojos cerrados. Cuando nacimos en el año 71, ¿para qué diablos lo hicimos? No nos sentamos a hacer un programa para tenerlo escrito en un papel, sino para llevarlo a cabo cuando pudiéramos.

Saber hablar a la gente

—Usted dice, entonces, que el persistir en una mentalidad de pura resistencia, dificulta el asumir el reto gubernamental. ¿O se trata de una oposición insalvable entre cultura de resistencia y cultura de gobierno?

—De ninguna manera. No son contrarios. Son dos maneras de ver el problema.

—Porque gobernar puede significar resistir, ¿no? Véase Tabaré Vázquez y el ambulantismo.

—¡Pero claro! Aun en el gobierno las capacidades de crítica y de resistencia hay que tenerlas muy presentes porque en este juego de aplicación de una estrategia, las tácticas van a exigir en muchos momentos situaciones de firmeza y de resistencia.

—Con los acreedores, por ejemplo.

—¡Los de afuera y los de adentro!

—En términos muy simples: el imperialismo y la oligarquía.

—Sí, pero déjeme decirle una cosa: en la séptima sección del departamento de Tacuarembó esas palabras no se las entienden: la gente, incluso se siente agredida por un lenguaje que no maneja.

A veces a mí me han hecho el reproche: "Pero, general: usted cambió su lenguaje, ya no hace los discursos que hacía en el 71". ¡Y claro que lo cambié!, y fue un cambio voluntario.

—¿Por qué?

—Porque llevamos 20 años recorriendo el país y comprobamos que no llegábamos a mucha gente. En un pueblo del Interior, hasta no hace mucho, teníamos acceso a un círculo de dos, tres cuadras alrededor de la plaza, con gente de un determinado nivel cultural; de ahí para afuera, no teníamos comunicación. Incluso, en el 71 y hasta poco tiempo atrás, teníamos pedradas e insultos...

—...y algún tiro.

—Y algún tiro también tuvimos. En una forma u otra la izquierda, a todos los niveles –no sólo intelectuales, también sindicales, etcétera–, cultivaba una especie de elitismo y un lenguaje que muchas veces exigía una cierta iniciación. Estas palabras, concretamente, "oligarquía", "imperialismo", en muchos lugares del Interior, en los barrios, no tienen significación. Entonces, debemos encontrar los medios de comunicarnos, lo que supone también un necesario ejercicio de humildad.

—No se trata, entonces, de renegociar principios.

—¡En absoluto! Lo que hay que ver es cómo expresamos y llevamos esos principios a la gente, en función de una situación dada.

Los ejes de la discusión

—¿Evitando las etiquetas?

—¡Evitándolas! ¿Usted se fijó qué afectos somos a las etiquetas? "Renovador", "ortodoxo", "conservador"... Estamos en un momento de conmoción, de necesaria revisión. Y tenemos que reconocerlo. Los hechos de Europa del Este, el tremendo sacudimiento que suponen, la implosión de un modelo...

—¿Afectan al Frente Amplio?

—¡Cómo no lo van a afectar! Han descuajaringado –permítame la expresión– la estructura de pensamiento de toda la izquierda marxista; de todos, unos más, otros menos. Y ése es el pensamiento mayoritario en el Frente.

—¿Y al Frente en sí, como fuerza política, ¿lo afectó?

—Yo he sacado pecho y he dicho, al Frente como fuerza, no. Porque en nuestro programa de hace 20 años usted puede encontrar una pos-**perestroika**; nada que ver con el "socialismo real". Pero lo ocurrido sacudió toda una estructura ideológica, filosófica, del componente mayoritario del Frente y por extensión a todo el Frente. Aunque, repito, no lo afecte en su proyecto; al contrario, lo confirma.

—¿Cómo enfrentar esa conmoción?

—Abriendo las ventanas; discutiendo.

—¿Cuáles son los centros de esa discusión, para usted?

—Nosotros queremos cambiar la realidad, pero la primera condición para cambiarla es meternos dentro de ella. De la realidad real, no de la imaginaria. Porque hemos caído mucho en esa confusión.

—El eminente Obdulio Varela dijo alguna vez que "si le empatamos a la realidad, le ganamos a cualquiera".

—Genialidades de Negro Jefe. Miremos atrás nuestros discursos y nuestras lucubraciones. A veces hemos jugado con los términos. Revolución, por ejemplo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque hemos concebido la revolución sólo como un acto violento. ¿Pero queremos la revolución simplemente por hacer la revolución?, porque para nosotros revolución es **revoltare**, poner arriba lo que está abajo y viceversa, o sea, en lo concreto, llegar a la aplicación de nuestro programa.

—No es la revolución por la revolución, entonces...

—...sino la transformación concreta del país y de la sociedad. Porque hay revoluciones que no lo han hecho; al contrario, han supuesto involuciones. Este es el punto. Que está anexo a esto otro: la revolución es un proceso. ¿Ha habido una revolución comparable al Renacimiento? ¿Y cuánto duró como proceso? Dos siglos. No se trata entonces de aquella antinomia entre socia-

Entrevista de Ernesto González Bermejo

PASO DE GOBIERNO

lismo y socialdemocracia, ni de gatopardismo; es reconocer que se trata de algo dinámico, de un proceso. Y aceptar que un paso adelante es un paso adelante.

A donde nos llevan los pasos

-El asunto, Seregni, es si ese paso táctico se da en la buena dirección estratégica o no, si el paso se ajusta a las posibilidades coyunturales de cambio o supone conciliar con el statu quo.

—Totalmente correcto. El paso vale si acerca a la meta, si es un paso en una sucesión, en una marcha continua. Ahí está la cosa.

—Y ahí es donde puede discutirse, muchas veces, si los pasos son para adelante o para atrás, sin querer parafrasear a nadie.

—De acuerdo. Pero hay quienes piensan que el aceptar dar un paso es hipotecar el objetivo final.

—¿Usted puede señalar autocríticamente algún paso equivocado del Frente?

—Dimos más de uno; hay montones. Un ejemplo de paso erróneo –y lo digo porque lo hemos discutido abiertamente con Tabaré– fue el primer decreto municipal de descentralización. Y fue erróneo porque no se midieron bien las condiciones para hacer realidad lo que se estaba proponiendo.

—Pero en cambio no fue erróneo el decreto sobre ambulantismo.

—No. Y los hechos lo están demostrando. Pero veamos otro ejemplo: si participamos o no participamos, de acuerdo a la invitación que hizo el presidente de la República, en las discusiones sobre seguridad social. Yo peleé porque entendía que había que participar. Creo que estuvimos acertados. Es decir, el protagonismo que pretendíamos y los principios y los intereses que queríamos defender los hemos defendido estando adentro y no hemos comprometido nada, nada en absoluto.

—Esto nos permite volver al Congreso, si le parece, y a la disyuntiva que usted estaba planteando: o Frente Amplio o grandes mayorías; en una palabra, qué política de alianzas.

—A veces nos entrampamos en las palabras, les asignamos un carácter maligno. Para nuestra gente la palabra "acuerdo", la expresión "buscar acuerdo" o "negociar" son poco menos que malas palabras y enseguida piensan en términos de negociado, de entrega. Y ¿qué otra cosa es la vida de todos los días sino una permanente negociación?

—¿Cómo concibe usted, entonces, la política de alianzas del Frente? ¿Tender puentes hacia qué fuerzas y con qué criterios?

—Creo que mayoritariamente nuestra sociedad está por los cambios, la ciudadanía siente la necesidad de los cambios y así se expresó incluso en las elecciones tramposas: Carlos Julio enarbola las banderas del cambio y luego incumple, pero la gente que lo votó sigue queriendo esos cambios.

—¿Qué hacer, entonces, desde el Frente?

—Creo que tenemos que ir articulando la forma de relacionarnos con la gente, no sólo con la gente aislada, los 150 mil ciudadanos electoralmente flotantes, también con las organizaciones sociales como conjunto de personas que tienen un objetivo común y también con las organizaciones políticas. Me dice algún compañero: "Pero general, ¿vamos a entablar diálogo con el Movimiento de Rocha, con las cochinadas que están haciendo?". Pero, querido, esperemos, nadie ha planteado hacer un acuerdo con Carlos Julio Pereyra.

Reencuentro con el Nuevo Espacio

-¿Y con el Nuevo Espacio, Seregni?

—La historia reconoce en el futuro encuentros absolutamente necesarios con el Nuevo Espacio. No sé si con todo el Nuevo Espacio porque hay gente que era anti-Frente y que propugnó la ruptura por la ruptura en sí. Pero repaso este año y medio y miro la acción parlamentaria y las decisiones políticas y compruebo que estamos en la misma cosa.

—Pero, por ahora, más que alianzas con tal o cual fuerza política, usted sostiene...

—...que hay que ir creando las condiciones; ver cómo actuamos y nos relacionamos desde ahora para ir creando las posibilidades de un gobierno de mayorías.

—¿No se trata de forjar acuerdos electorales, entonces?

—¡En absoluto! Se trata de ir creando una voluntad política común en torno a coincidencias programáticas. No podemos analizar este proceso anclados en la coyuntura de agosto de 1991. Estamos en un momento de enorme plasticidad.

—¿Usted cree que la estructura orgánica del Frente se adecua a esa plasticidad?

—No. La realidad nos está demostrando que esta orgánica nuestra, que tiene muchas cosas positivas, no es la adecuada. Incluso no hemos podido mejorar el tipo de relaciones que tenemos con nuestras bases.

Aquellos comités de base

-Sus queridos comités de base.

—Ellos; hay algo que no he podido aceitar. Y me rompo la cabeza.

—Creo que los comités se habían vaciado de contenido político; que no se discutía.

—No encontramos el punto de equilibrio. Porque quiero decirle que hubo gente que también se apartó del comité porque las discusiones eran interminables. Es necesaria la discusión política, sin la cual no hay vida de comité, pero también la valoración de los tiempos. Hay compañeros que por razones laborales no se pueden quedar en una reunión hasta las 2, las 3 de la mañana. Tenemos que volver a la discusión con esta experiencia hecha.

—¿El repliegue no se deberá al menor interés que despierta la propuesta frentista? En el 71 los comités florecían.

—En aquel momento la propuesta era mucho más clara. Era la resistencia, ahora no hemos encontrado todavía la formulación que haga prender en la gente la opción de gobierno, la discusión para. Y no hemos encontrado todavía aspectos mecánicos formales.

La conjugación de las características de coalición y de movimiento –que las dos tienen que estar presentes porque nos han dado esta fisonomía singular que tenemos, nos permitieron atravesar 20 años de historia– es el problema básico a resolver.

—¿Cómo cae el documento de los 24 en este cuadro?

—Más allá del contenido –que nadie discute y que recoge una generalidad de opinión– para mí demuestra que las relaciones internas del Frente, incluyendo las relaciones internas de los partidos del Frente, no se adecuan a la realidad. La realidad superó una cierta estrechez. No voy a que esté bien o que esté mal, no quiero hacer juicios de valor, voy al reconocimiento de un hecho. Las formas de expresión estaban condicionadas a un cierto orden de rigidez que cruje cuando aparece ese documento. Tenemos que ver cómo nos adecuamos a esa realidad y cómo habilitamos esas mentadas relaciones "horizontales", como les llaman. No se trata de ver intenciones perversas.

—Cuando no las hay.

—Y le digo que si las hubiera habido, abortaron.

La lecherita electoral

-¿El Frente, Seregni, está amenazado de una especie de "embriaguez electoral" –según la expresión de un dirigente– que lo puede hacer olvidar la necesidad de una acción política concreta de aquí al 94?

—Es un peligro. Y contra ese peligro tratamos de pasar avisos. Son dos peligros: uno que supondría poner el objetivo electoral por encima del profundo contenido político de nuestra acción; ojo: no confundir cultura de gobierno con electoralismo. El otro peligro, tanto o mayor, es la embriaguez del vino de las encuestas. ¡Cuidado con eso! Las encuestas deben servir como incentivo, nada más.

—¿Qué teme?

—Los efectos deformadores y paralizantes que puede tener esto. Puede ser como el cuento de la lecherita de La Fontaine, ¿se acuerda? Lo de empezar a vender antes de tener la vaca.

—Sí, vender la leche...

—¡Vender los quesos!

La mala salud de Gorbachov

-Usted me decía que los cambios en el Este tuvieron repercusión en fuerzas políticas mayoritarias del Frente Amplio y en el propio Frente. Ahora, la caída de Gorbachov conducirá probablemente a nuevos reacomodamientos. ¿Cómo la analiza usted?

—Todavía es muy temprano para ver todas las repercusiones de este acontecimiento de trascendencia tan tremenda. No es algo que afecte solamente a la Unión Soviética; afecta a todos los países del área socialista y a la paz mundial. No olvide que estaban en trámite los acuerdos Salt.

—Su primera impresión, ¿cuál es?

—Que la **perestroika** y la **glasnost** son irreversibles. Que la restauración del antiguo régimen, a estas alturas, me parece sumamente difícil; el pluripartidismo y los órdenes de libertad que se consiguieron, a mi entender, no tienen marcha atrás.

¿Quién va a patear el penal?

-Ante el hecho de que el Frente sea hoy opción de gobierno es bastante lógico que la gente se pregunte, desde ya, quiénes van a ser sus candidatos en las próximas elecciones. O, por lo menos, cómo van a ser designados. Ya no parece suficiente decir que lo hará el Congreso Extraordinario de 1994. ¿No debería haber reglas de juego más claras también en esto: incluso le diría, más democráticas?

—Son de las cosas que tenemos que definir, no en este Congreso; después. Ya fue nombrada la comisión respectiva en el último plenario. Hace dos años, antes de la ruptura, yo propuse, frente al problema de dos precandidatos, que consultáramos a la ciudadanía frenteamplista. Existe esa vocación uruguaya de armar candidaturas y combinados de fútbol pero yo digo: no gastemos energías en eso ahora.

Tenemos dos figuras: yo he soñado con que surgieran tres más comparables a Danilo y a Tabaré; que tuviéramos cinco.

—Usted está pensando en las delanteras de antes; ahora se juega con dos hombres de punta.

—Por suerte los tenemos.

—¿Debo entender que usted se excluye?

—Mi voluntad sería la de excluirme. Todos los que estamos en el Frente somos esclavos de nuestras obligaciones. La pertenencia al Frente supone un compromiso renovado todos los días y cumplir con lo que el Frente decida.